

“Vio una gran multitud y se conmovió”
(Mc 6,34)

Espiritualidad en la acción social

[DARÍO MOLLÁ LLÁCER, S.J.]



Miles de religiosos y religiosas en todo el mundo y, por supuesto, también en España, están entregando día a día su vida en el servicio a los más pobres. Un servicio hecho en el nombre y al modo del Señor Jesús. Un servicio que es especialmente difícil y necesario en las circunstan-

cias económicas y sociales por las que estamos atravesando¹. A todas ellas y ellos van dedicadas, con admiración y gratitud, estas reflexiones sobre la espiritualidad en la acción social, reflexiones que pretenden ser “ayuda” para su tarea cotidiana y para la vivencia interior de esa tarea.



A MODO DE PRESENTACIÓN: ¿PARA QUÉ UNA “ESPIRITUALIDAD” DE LA ACCIÓN SOCIAL?

→ ¿Para qué sirve abordar el tema de la espiritualidad en la acción social? ¿Qué es lo que esta reflexión puede aportar a personas y vidas ya muy implicadas y entregadas en lo cotidiano? Evidentemente, no se trata de aportar una motivación, pues la realidad muestra que esa motivación ya está dada y además es operante, hasta el heroísmo en muchos casos. Otra cosa es que estas reflexiones puedan reforzarla o fortalecerla, algo que nunca viene de más, y menos aún en estos momentos tan complicados.

Creo que reflexionar sobre la espiritualidad de la acción social y fortalecer el talante espiritual de nuestro servicio y apostolado social nos puede ayudar en tres dimensiones, complementarias e interactivas, que son muy importantes en él:

- Hacernos presentes en la acción social nos pone en contacto día a día con personas y situaciones muy vulnerables, que han sido puestas y viven al límite de sus posibilidades humanas. Y cuando nos acercamos a esas personas es muy importante acertar en nuestras actitudes y modos de situarnos ante ellas y con ellas, para que nuestra cercanía sea, en verdad, sanante y humanizadora, no sea que, por falta de delicadeza o por ignorancia, les causemos aún más daño o más dolor. Cuanto más vulnerable, débil y pobre es una persona, tanto mayor debe ser nuestra delicadeza con ella, nuestro respeto, el cuidado con el que nos acercamos. *La espiritualidad en la acción social pretende darnos algunas claves de*



La espiritualidad en la acción social pretende darnos algunas claves de un modo de acercamiento tal que hace bien al golpeado, al marginado y excluido, al que ha sido puesto en el límite

un modo de acercamiento tal que hace bien al golpeado, al marginado y excluido, al que ha sido puesto en el límite.

- En el contacto personal y comprometido con quienes sufren en carne propia y con dolor la injusticia de la sociedad, cuando dicho acercamiento es auténtico y sincero, también nosotros mismos somos golpeados y cuestionados. Golpeados en nuestra sensibilidad,

cuestionados en nuestros modos de entender la vida y de afrontarla. Y puestos en crisis también en nuestras convicciones y creencias más hondas e íntimas. Esos golpes, más allá del inevitable dolor que siempre generan al ser padecidos, pueden tener efectos dispares según cómo los elaboremos. Nos pueden destruir, porque son golpes duros, o nos pueden hacer más fuertes, más humanos, más auténticos en nuestra vida



Dios pone al alcance de quien se acerca a sus hijos más débiles la gracia de encontrarse con Él. Pero, para experimentar esa gracia, se nos pide que nos acerquemos a ellos de una determinada manera, con unas determinadas actitudes. Nuestra acción social está llamada a ser experiencia de Dios, experiencia mística y de comunión con Él y con nuestros hermanos: lo será, efectivamente, si nuestro acercamiento es el de los "limpios de corazón" (Mt 5,8). *La espiritualidad en la acción social pretende ayudarnos a actuar y mantenernos en nuestro servicio a los pobres en esa limpieza de corazón y de acción, que es, siempre, como nuestra propia libertad, una limpieza amenazada. Así nuestra acción social podrá ser lugar de encuentro con Dios.*

Planteadas las maneras en que la espiritualidad en la acción social puede ayudarnos en el día a día de la misma, su finalidad, me dispongo a subrayar algunos aspectos que me parecen más importantes y/o urgentes de esa espiritualidad. No pretendo hacer una descripción exhaustiva de las posibles características de la misma; quien desee una →

y en nuestra fe. Nos pueden destrozarse o nos pueden transformar. *La espiritualidad en la acción social pretende ayudarnos a vivir nuestra acción social de tal modo que haga de nuestra experiencia en ella una experiencia de crecimiento en humanidad y de maduración de nuestra entrega y de nuestra fe.*

- "Tuve hambre y me distéis de comer (...) lo que hayáis hecho a estos mis hermanos menores me lo hicisteis a mí" (Mt 25,35.40). Más allá de ser un decisivo criterio de discernimiento y de juicio, estas palabras de Jesús son también una promesa de encuentro con Él. En el servicio al que tiene hambre y sed, al desnudo, al forastero, al encarcelado, nos es dada

la promesa de encontrarnos con Jesús cara a cara². El encuentro con Dios es siempre gracia, nunca automatismo. Pero para recibir la gracia hay que "disponerse".



→ explicación o un listado más completos puede consultar la bibliografía que aparece al final². Yo voy a hacer una selección de rasgos. Una selección absolutamente intencionada y guiada por un doble criterio: criterio de importancia en sí mismo y/o criterio de urgencia en este momento concreto que estamos viviendo.

1. ARRAIGADOS/AS EN EL AMOR A CRISTO POBRE

Una buena casa necesita buenos cimientos, esos cimientos sólidos de los que habla el evangelio y que hacen que “ni lluvia ni vientos” amenacen su solidez (cf. Mt 7,25). Esos cimientos sólidos son tanto más necesarios cuando la casa está construida en un lugar abierto a los vientos y las tormentas. Nuestro apostolado social no será nunca fácil, no se puede pretender que lo sea cuando vamos a compartir la suerte de aquellos y aquellas que más golpeados son por la vida, que más injustamente tratados son. Las dificultades vendrán de fuera y brotarán también en nuestro interior; algunas nacerán fuera de nuestra casa y otras se presentarán desde dentro de nuestras propias instituciones y/o comunidades. Me permito citar unas claras y lúcidas palabras del P. Peter-Hans Kolvenbach, anterior Superior General de la Compañía de Jesús:

“Si deseamos trabajar por la justicia de una forma seria y hasta las últimas consecuencias, la cruz aparecerá de forma inmediata en el horizonte. (...) Veremos levantarse contra nosotros a aquellos que en la sociedad industrial de hoy practican la injusticia, o aquellos que por otra parte son considerados como excelentes cristianos y que quizá hayan podido ser

nuestros bienhechores, nuestros amigos e incluso miembros de nuestras familias”³.

Por eso nuestro apostolado social necesita un cimiento bien sólido. Y ese no es otro que el amor personal a Cristo pobre.



Las raíces son algo que va creciendo y fortificándose poco a poco (cf. Mt 13 4-8). Es tarea de toda la vida el que nuestra raíz, nuestro amor a Cristo pobre vaya profundizándose. Es normal que al comienzo nuestra acción social responda más a impulsos: generosos, pero impulsos; o que quizá sea simplemente un conjunto de experiencias puntuales; o incluso que sea algo más “ambiental” que interno a la persona; o que resulte ser una búsqueda personal presentada como afán de servicio. No pasa nada si eso es só-

lo el comienzo, pero poco a poco va haciéndose raíz en el amor a Cristo pobre. Un amor que se alimenta en la contemplación pausada y constante de su amor por los pobres y de su forma de acercarse a ellos, en la convivencia con Él “que, siendo rico, por nosotros se hizo pobre” (2Cor 8,9), en la experiencia personal de encuentro con Él en la oración y en la vida toda.

En ese amor a Cristo pobre se desencadena un proceso que tiene manifestaciones y consecuencias muy importantes:

- Crecer en el amor a Cristo pobre nos va a llevar a amar cada día más hondamente a los pobres, que son “sus amigos”, sus preferidos, su gente... Y a amarlos con la misma delicadeza, con la misma libertad y con la misma entrega que Jesús los amó. Pasan a ser nuestros “amigos”, nuestra gente. No son simplemente “beneficiarios” o “usuarios” u “objetos de nuestra caridad”, como tantas veces sucede. Y establecemos con ellos una relación de auténtica amistad. Hasta el punto que hablamos de dos amores inseparables: el amor a Jesucristo y el amor a sus amigos los pobres.





- En esa dinámica y relación de amistad con los pobres, situados ya en el plano de la convivencia, el diálogo y el intercambio humano con ellos, vamos haciéndonos progresivamente conscientes de sus valores, que tantas veces son ocultados por sus carencias, y que no descubriremos si no entramos en diálogo con ellos, como le sucedió a Jesús con aquella mujer cananea (cf. Mt 15,21-28). La dignidad de los pobres será entonces para nosotros, no solo un principio teórico o ideológico, sino una experiencia personal. Y ese convencimiento íntimo de la dignidad de los pobres, de todos ellos, más allá de su aspecto o de sus carencias, es básico para que nuestra acción

social sea, de verdad, evangélica y fuerte en una sociedad que constantemente se la está negando de palabra y/o de hecho.

Por sintetizarlo de algún modo: se va produciendo en nosotros una profunda transformación personal. Los pobres no son ya para nosotros una actividad más en nuestra vida, o un espacio de nuestro tiempo, o un compartimento de nuestro corazón. Van entrando en el centro de la vida y del corazón y afectando a nuestra manera de ser y de vivir, a nuestra manera de pensar y de actuar, a nuestro modo de ser personas y de ser cristianos, a nuestras valoraciones y juicios, a nuestros intereses y proyectos. Y para siem-

pre: hagamos el trabajo que hagamos y vivamos donde nos toque vivir. Nuestros mismos votos religiosos se cargan de un sentido nuevo y se integran entre ellos desde el amor a Cristo pobre y a sus amigos los pobres, nuestros "superiores".

2. VIVIENDO CON AGRADECIMIENTO EL DON DE LA VOCACIÓN A LA ACCIÓN SOCIAL

Es muy importante que vivamos nuestra llamada al servicio de los pobres y la posibilidad de llevarlo a cabo como un don, como un regalo que nos es hecho, con un profundo sentido de agradecimiento. Porque →

Los pobres no son ya para nosotros una actividad más en nuestra vida, o un espacio de nuestro tiempo, o un compartimento de nuestro corazón. Van entrando en el centro de la vida y del corazón y afectando a nuestra manera de ser y de vivir, a nuestra manera de pensar y de actuar, a nuestro modo de ser personas y de ser cristianos, a nuestras valoraciones y juicios, a nuestros intereses y proyectos.

→ el agradecimiento es la fuente de donde brotan, con espontaneidad y abundancia, cosas tan importantes en el trato con las personas como la generosidad, la alegría, la estima del otro, la gratuidad, la incondicionalidad, la perseverancia...

Es un peligro vivirnos o situarnos en la acción social como “héroes”, como personas que hemos accedido a ella porque tenemos más mérito o sensibilidad que los demás; situarnos o vivirnos como los mejores, los “ejemplares” en una sociedad mediocre e insolidaria. Si me permitís expresarlo en forma algo caricaturesca, es peligroso formularnos a nosotros mismos cosas como “¡qué buenos y qué estupendos somos nosotros que nos dedicamos a los pobres!”, “¡qué contentos deben estar ellos de que alguien tan valioso como yo trabaje a favor suyo!”. Obviamente pocos son tan necios de llegar a expresar estas formulaciones tal cual, pero sí que, con más frecuencia de la deseable, se perciben discursos internos de este tenor. Discursos que se perciben en el exterior por las consecuencias de los mismos.

El problema de este tipo de actitudes no es sólo, ni principalmente, un problema de orgullo o engriementamiento personal (que también), sino, sobre todo, el que a medio y largo plazo ese modo de situarse tiene



Aquí encontramos muchos rostros que han salvado su bondad y su ternura de los golpes recibidos. La capacidad festiva sorprende en vidas enteras asaltadas. El humor rompe en muchas ocasiones las situaciones extremas. Los golpes de la codicia o de la naturaleza arrasan con todo en unos minutos, pero desde las raíces brota la resistencia y la capacidad de recomenzar de nuevo.

repercusiones muy negativas en aquellas personas a las que decimos que queremos ayudar.

Desde ese modo inadecuado de situarnos nos creemos con derecho a exigir a los otros que compensen nuestro compromiso (“¡parece mentira que me hagan esto a mí, con lo que yo he hecho por ellos!”), nos sentimos facultados para todo tipo de reproches o descalificaciones, entramos en una dinámica de pedir compensaciones afectivas y efectivas, nos reservamos el derecho a abandonar o desertar en función de nuestros cansancios o conveniencias (“¡hasta aquí hemos llegado, y nadie me puede pedir más!”), etc.

Sucede, en definitiva, que lo que acaba pesando en nuestras decisiones y acciones somos nosotros mismos y no lo que ha de ser primero, que es la pobreza, el sufrimiento, la dignidad quebrada de las personas a las que queremos ayudar.

Nuestra llamada interior al trabajo con los pobres y las víctimas de la sociedad es un don que, si lo



ser experiencia, y no meramente un tópico ideológico o un sonsonete voluntarista, requiere su tiempo. Se valora, en verdad, más allá del día a día y más lejos que la inmediatez... Entonces sí nos damos cuenta y podemos contar con verdad y desde el corazón cosas como éstas:

“En la cultura popular encontramos una solidaridad que enfrenta las emergencias de cada jornada y que permite sobrevivir. Nadie sabe cómo circula la ayuda discreta que respeta la dignidad herida del que no consigue para la comida o la medicina. Aquí encontramos muchos rostros que han salvado su bondad y su ternura de los golpes recibidos. La capacidad festiva sorprende en vidas enteras asaltadas. El humor rompe en muchas ocasiones las situaciones extremas. Los golpes de la codicia o de la naturaleza arrasan con todo en unos minutos, pero desde las raíces brota la resistencia y la capacidad de recomenzar de nuevo. Por la mañana un ciclón arrasa un cultivo. Por la tarde se puede empezar a preparar la siembra de nuevo”⁴.

hemos recibido y sabemos acogerlo, cuidarlo, hacerlo crecer, se convierte en uno de los mayores dones que se nos pueden dar en la vida. Y si algo debemos sentir en el caso de haberlo recibido, no es otra cosa que ser unos privilegiados. Abrumados por el misterio de haber recibido y seguir recibiendo cada día algo tan valioso sin que hayamos hecho nada por nuestra parte para recibirlo.

El descubrimiento y la vivencia de la vocación a la acción social como un don es, por supuesto, tarea de toda la vida, y tiene que ver también con la madurez personal y espiritual. Es normal que al principio los sentimientos no confesados ni explicitados de heroísmo, de comparación con otros, de gustarnos a nosotros mismos... estén más presentes y activos, sobre todo si entramos jóvenes en el mundo de la acción social o si lo hacemos desde contextos en que este compromiso es llamativo o excepcional. Con el tiempo vamos madurando y entrando más en la lógica del don que

en la del heroísmo personal... Pero hay que examinar si vamos efectivamente avanzando en ese camino. Porque, incluso maduros, nos sorprendemos de vez en cuando con rebrotes de actitudes que creíamos superadas.

También nos ayuda a crecer en el sentido del don de nuestra vocación social la constatación de todo aquello que vamos recibiendo y descubriendo en la cercanía de los pobres. Una constatación que para



Pero aquello que confiere a nuestra vocación social un alcance y una profundidad determinantes, aquello que la fortalece y la hace sólidamente estable, es cuando ella misma se convierte en experiencia “mística”. Obviamente, no utilizo la palabra mística en un sentido burdo y deforme que sería hacer equivalente a lo que nos transportara a otro mundo; la utilizo en su sentido más hondo y verdadero, el que hace referencia a la “unión”. A la unión y comunión entre personas que, a partir de la convivencia mutua, van acercando sensibilidades, deseos, corazones.



→ Ya no estamos en la lógica del cumplimiento más o menos heroico, ni tan siquiera solo en la lógica más pura y limpia del don: hemos ido más allá. La experiencia mística en la acción social se da cuando la entrada de los pobres en nuestra vida es tan interior que nos desposee y nos libera a nosotros mismos de nosotros mismos, y ya no miramos por nuestros ojos, ni valoramos con nuestra lógica, ni amamos solo desde los afectos de nuestro corazón.

El don se ha hecho carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre; parafraseando a San Pablo, no soy yo quien vive, es Él, el “pobre y humilde”, y sus amigos “los pobres” quienes viven en mí. El don se va convirtiendo en Eucaristía.

3. CON UN TALANTE CONTEMPLATIVO

El “talante contemplativo” es importante en cualquier forma de vida cristiana, pero es más importante aún, si cabe, cuando nuestra vocación cristiana se realiza en el día a día de la acción social. ¿Por qué? En ella nos encontramos con personas muy frágiles, muy golpeadas, muy vulnerables... Ello -como decíamos al comienzo de esta reflexión- nos obliga a una especial delicadeza y atención para poder ayudar a estas personas; para acertar, en la medida de nuestras posibilidades, en ofrecerles aquello que realmente están necesitando y que esté en nuestras manos. Para que efectivamente nuestra acción sea servicio, porque es respuesta a sus necesidades.

Ese talante contemplativo se concreta en una mirada que es capaz de atravesar las apariencias y que huye de la superficialidad de las primeras impresiones y de los juicios precipitados; en una capacidad de escuchar que no escucha sólo palabras,



sino que es capaz de escuchar los gestos, las expresiones del rostro, los silencios, y así captar también lo que las palabras no aciertan a expresar o lo que las palabras esconden; en un “poner todos los sentidos” en captar la realidad de la otra persona y de las circunstancias pasadas o presentes que es ineludible tener en cuenta para acompañarla y ayudarla.

El talante contemplativo lo adquirimos mediante el silencio, la contemplación y la convivencia. El silencio en el cual, al acallarnos a nosotros mismos, nos hacemos capaces de dar entrada y acoger la realidad del otro; la contemplación como ejercicio paciente y constante de mirar hacia fuera con aquella “atención amorosa” que decía San Juan de la Cruz, atentos al gesto y al detalle en el que descubrimos lo auténtico de las personas; la convivencia que es compartir vida, las experiencias más sencillas y cotidianas de la vida para poder, en algún momento, entender y compartir aquellas otras experiencias que son determinantes en la vida de las personas.

Solo la profundidad y la calidad de nuestra contemplación aseguran

la verdad de nuestro servicio. ¿Cómo responder o ayudar al otro en su necesidad, si no dedicamos tiempo y no ponemos atención en captarla? Servir no es demostrar nuestras habilidades ni llevar adelante nuestros planes preconcebidos: todo eso no es servicio, por muy satisfechos que nos deje, si no responde verdaderamente a la necesidad del otro.

El talante contemplativo hará que nuestra sensibilidad se vea “afectada” y que nuestro “amor a los pobres” sea, de verdad, “amor”. ¿Qué quiero decir con eso? Algo muy sencillo y muy obvio: el “amor” es sentimiento, afecto, pasión, movimiento del corazón, preferencia, cuidado... Si no nos “dejamos afectar”, el “amor a los pobres” acaba siendo fórmula, retórica, tópico... Y sólo es eso, y nada más que eso, cuando el dolor de los pobres no nos duele, ni su indignación nos indigna, ni sus carencias nos desposeen o nos hacen vulnerables.

“Dejarse afectar” es permitir que el mundo de nuestros afectos (nuestro mundo más nuestro, más ínti-

“Dejarse afectar” es, en suma, dejar que el pobre entre en nuestra vida...





mo, más personal...) sea trastocado, transformado, herido por los pobres y sus sufrimientos. El evangelio de Jesús habla reiteradas veces del "conmoverse las entrañas" de Jesús al ver el sufrimiento de los más pequeños y pobres de su pueblo. Sí; "dejarse afectar" son entrañas que se conmueven, revolución interior y, ¿por qué no decirlo?, dolor de estómago... Cuando eso sucede es que nuestra acción social es amor; si no, es burocracia o beneficencia o paternalismo.



El talante contemplativo se concreta en una mirada que es capaz de atravesar las apariencias y que huye de la superficialidad de las primeras impresiones y de los juicios precipitados

Pienso que este "dejarse afectar", importante siempre, es especialmente necesario en estos tiempos difíciles que nos está tocando vivir. Porque sólo en la medida en que nos sintamos "afectados", permaneceremos. Permanecer en las circunstancias presentes tiene unas exigencias, unos costos añadidos, que sólo consentiremos en aceptar si nos sentimos "afectados" por el sufrimiento de los pobres.

Vivimos momentos en los que se nos predica, y se nos impone, una "lógica" (que tiene su "lógica", claro..., que tiene sus argumentos y razones...) que deja a los pobres en su sufrimiento o lo aumenta. "Dejarse afectar" es experimentar el rechazo interior a esa lógica y preguntarse y buscar y estudiar y proponer una lógica que no genere tanto sufrimiento...

"Dejarse afectar" es, en suma, dejar que el pobre entre en nuestra vida... Y cuando el pobre entra en nuestra vida es para revolverla... De repente nos encontramos con que ya

no podemos orar del modo que orábamos, y que cosas que nos parecían muy claras se nos oscurecen, y que nos sentimos distantes de amigos que formaban parte de nuestro mundo y de los que cada vez, con dolor, nos sentimos más lejanos, y tantas cosas más que cambian... Yo creo que. Incluso, miramos a Dios de otra manera... y lo importante es entonces y, pese a todo, seguir mirándole.

Benedicto XVI lo formula con mucha hondura:

"Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: '¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y veraz?' (cf. Ap 6,10). (...) los cristianos (...) aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros"⁵.



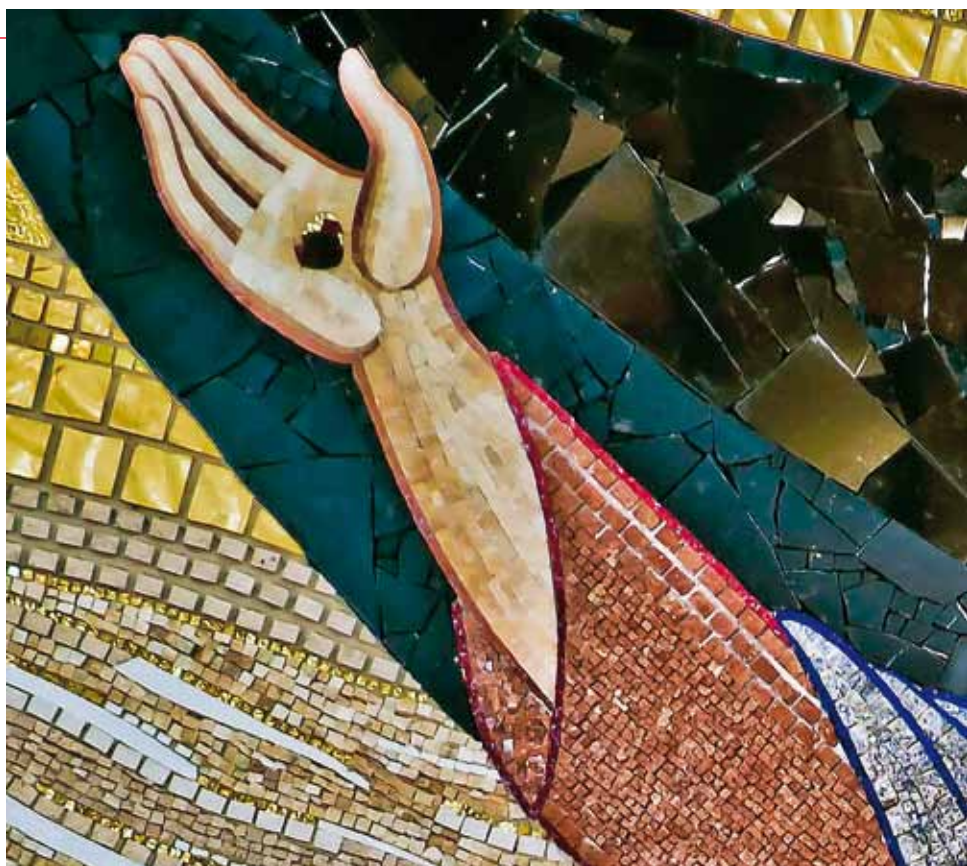
4. EN CONSTANTE DISCERNIMIENTO

→ El discernimiento es una necesidad permanente en una espiritualidad cristiana madura. Pues el discernimiento no es otra cosa que el amor vivido en madurez y en libertad. El discernimiento busca concretar el amor en las circunstancias personales, sociales, eclesiales en que la persona vive. El amor, para ser real, necesita ser concretado: un amor que no se concreta acaba siendo palabra vacía, se “evapora”. Como ya dijo San Ignacio, el amor auténtico ha de ser una *discreta caritas*, una caridad que pasa por el discernimiento.

Benedicto XVI lo ha expresado de modo precioso en su encíclica *La Caridad en la Verdad*:

“(…) La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. Ciertamente, puede reducirse a cálculo y experimentación, pero si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser ‘sazonado’ con la ‘sal’ de la caridad. Sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor. (...) No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor”⁶.

Ese discernimiento necesario en todos los ámbitos de la vida cristiana lo es también, por supuesto, en la acción social. Y lo es más aún en este tiempo de crisis, desorientación y desolación en sus variadas formas. Por eso, una espiritualidad en la acción social debe prestar especial atención al discernimiento.



El discernimiento busca incidir lo más evangélicamente posible en una realidad concreta; el diálogo es una necesaria mediación eclesial y ayuda a evitar los peligros de autoengaño en sus variadas formas

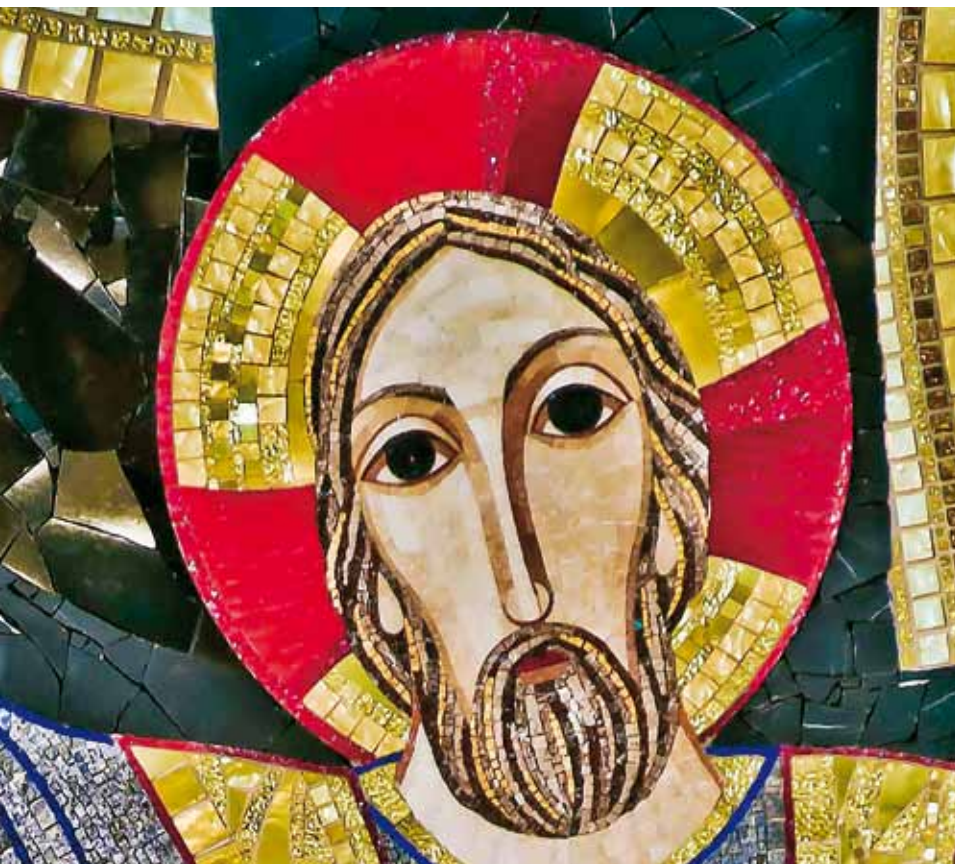
¿Cuáles son los elementos que integran ese discernimiento? Lo sintetizaba muy concisa y exactamente el documento “La Iglesia y los pobres”, documento que publicó la Comisión Episcopal de Pastoral Social en 1994, y que ha sido recientemente objeto de estudio por la revista de Cáritas Española *Corintios XIII*: “(...) diálogo, análisis detallado de la realidad y oración al Espíritu Santo, que debe ser el guía de nuestra actividad cristiana” (nº 61).

La oración hace el discernimiento propiamente tal y no una simple deliberación; el análisis de la realidad es condición indispensable, pues lo que el discernimiento busca es incidir lo más evangélicamente posible en una realidad concreta; el diálogo es una necesaria mediación eclesial

y ayuda a evitar los peligros de autoengaño en sus variadas formas.

En el contexto en el que estamos desarrollando estas reflexiones nos vamos a referir básicamente al nivel personal del discernimiento. Pero sin olvidar, por su importancia, un discernimiento “institucional” sobre la acción social de nuestros institutos en unos momentos en que tan amenazadas están, incluso en su misma supervivencia, sus iniciativas sociales. Otra cosa es señalar lo que son los matices y procedimientos propios de un discernimiento institucional con respecto al personal, tema muy importante y delicado pero que excede al objeto de esta reflexión.

Señalamos a continuación algunas de las preguntas o de los con-



Hay que cuidar un modo evangélico del acercamiento al débil y de encuentro con él: un modo de hacer que sea respetuoso de su dignidad y promueva su autonomía humana⁷; un modo evangélico que es muy cuidadoso en evitar dependencias efectivas y afectivas y en afirmar la gratuidad. Estos tiempos difíciles que vivimos nos pueden tentar de actuaciones precipitadas, que no respeten adecuadamente la singularidad de cada persona; y también en quienes se acercan a nosotros les pueden tentar de dinámicas de dependencia y /o pasividad;

- va muy ligado este discernimiento al examen de nuestra “rectitud de intención” en el acercamiento a los pobres, una rectitud de intención que no está asegurada, sin más, por el mero hecho de dedicarnos a la acción social. Como bien sabemos por experiencia, dentro de personas e instituciones que trabajan en la acción social también existen búsquedas muy interesadas, manipulaciones e incluso gente que hace su “negocio” (económico o de otro tipo) a costa de los pobres. Aunque no lleguemos a esos extremos, siempre hemos de estar “vigilantes” sobre si aquello que nos mueve sigue siendo “la pu- →

tenidos que puede tener el discernimiento propio de la acción social:

- el análisis o diagnóstico sobre qué es aquello que está realmente sucediendo en relación a la situación y los sufrimientos de los pobres, las causas de todo ello y la existencia o no de posibles alternativas... No cabe duda que en este momento proliferan análisis parciales e interesados que ocultan o enmascaran las verdaderas causas de la situación de crisis o que la presentan como una situación ineludible o inevitable...;
- el discernimiento sobre qué es lo que podemos y debemos hacer en una situación en la que, claramente, las necesidades desborden nuestras posibilidades. La tensión entre necesidades y posibilidades es una tensión de siempre. Ya en el evangelio tenemos una clara muestra de esta situación en el episodio de la multiplicación de los panes: “Doseientos denarios de pan no bastarían pa-

ra que a cada uno le tocase un pedazo” (Jn 6,7). Se nos pide generosidad para poner en juego todo aquello que tenemos, pero también lucidez para ver dónde lo ponemos; cuando menos podemos llegar a todo, más necesario es acertar con aquello en lo que vamos a actuar;

- el discernimiento sobre el “modo” de hacer las cosas. Los modos son muy importantes para quienes queremos hacer acción social desde el evangelio de Jesús.



- ra intención del divino servicio” o sobre si no hay faltas de libertad o miedos que perturban nuestro pensar y nuestro obrar;
- será necesario discernir también, de modo particular mientras dura esta situación de crisis y dificultad, qué medios hemos de poner en juego, qué recursos es más o menos lícito buscar y obtener y con qué procedimientos (porque no todo vale...) y con qué compañeros (personales e institucionales) queremos colaborar y pagando qué precios;
- sin duda ninguna, en nuestra acción social se nos van a plantear conflictos: de intereses, de valores, entre personas, entre personas e instituciones; y también tensiones entre apuestas y pronunciamientos personales e institucionales, entre modos a veces muy diversos de ver las cosas entre compañeros/as o entre nosotros y las instituciones a las que pertenecemos.

Es amplio el abanico de cuestiones y, por tanto, permanente la necesidad de situarnos en clave y delante de discernimiento. Porque las soluciones ni vienen siempre dadas

de antemano ni son siempre fáciles. Pero el buen discernimiento nos proporciona la confianza y la paz de sabernos guiados, en medio de nuestra perplejidad, desconcierto u oscuridad, por el Espíritu que condujo a Jesús a través de un desierto que no es sólo un lugar físico, sino un lugar vital⁸.

4. UNA ESPERANZA “RECUPERADA”

Los tiempos difíciles son tiempos para la esperanza. Para la auténtica y evangélica “esperanza”. El documento ya citado de “La iglesia y los pobres” dedica sus últimos números (146-154) a hablar de la esperanza, siempre necesaria cuando se trabaja por la justicia del Reino y se quiere apostar por los pobres con la entrega de la propia vida. Y lo hace en términos muy hermosos y con una gran abundancia de matices: esperanza y confianza en Dios, esperanza y humildad, esperanza y paciencia, esperanza y perseverancia... Vale la pena su lectura.

Pero, además, creo que las difíciles circunstancias que estamos atravesando son una oportunidad de “purificar” nuestra esperanza y acercarla más a su verdad evan-

gética. La esperanza no es ingenuidad ni ignorancia, no enterarse de la realidad ni asumirla, sino que carga con ella, asume el presente y espera desde el dolor del presente. La esperanza no son falsas y superficiales palabras de consuelo de quien no se vincula al sufrimiento del pobre; muy al contrario, eso no es esperanza sino cinismo; no hay esperanza si esas palabras bonitas o “consoladoras” van desprovistas de responsabilidad y compromiso. Esperanza no es un mero y vacío optimismo, o un simple cálculo de posibilidades positivo.

Y cuando cimentamos nuestra esperanza en nuestros éxitos (reales o aparentes, presentes o futuros), en nuestros buenos resultados, en las alabanzas ajenas... construimos una falsa esperanza sobre un fundamento de arena que no resistirá las primeras contrariedades, o las circunstancias adversas, ni los fracasos (también reales o aparentes) o las críticas, a las que tan sensibles somos cuando vivimos centrados en nosotros mismos⁹.

En este tiempo difícil (¿ha habido alguna vez un tiempo fácil para los pobres y para quienes se comprometen a acompañarlos y ayudarlos, a compartir vida con ellos?) tenemos la oportunidad de recuperar lo más





La esperanza no es ingenuidad ni ignorancia, no enterarse de la realidad ni asumirla, sino que carga con ella, asume el presente y espera desde el dolor del presente.

auténtico de la esperanza del evangelio, de toda la Historia de la Salvación. Me atrevo a sugerir alguna de sus formas:

a. La esperanza como grito orante. El grito que pone el sufrimiento en las manos de Dios. Me parece que esa es la oración de muchos salmos o la de Jesús en Getsemaní. Espera quien en medio del sufrimiento mira al O/otro, quien comparte su dolor con alguien. Desesperar es encerrarse uno mismo en su propio sufrimiento, desesperar es ahogar y ahogarse en el propio grito. ¡Quiero que Dios me oiga porque espero; muchas veces no sé bien qué espero, pero espero...! En el fondo de ese grito orante, aunque la forma parezca desesperanzada, no hay desesperación, sino confianza. Cuando alguien se atreve a gritarme su dolor en el tú a tú del encuentro interpersonal es porque espera algo de mí, aunque sea, simplemente, que soporte su grito, que no me haga el sordo. Lo mismo sucede con Dios. El problema no

es nunca que la oración sea dolorida, interpelante, incluso aparentemente irrespetuosa, acusadora u ofensiva: el problema es que no haya oración, que deje de creer en ella, que deje de orar.

b. La esperanza es, también, la capacidad de “sostener” nuestras preguntas en la oración y en la vida, y es también la capacidad de orar y de vivir con preguntas. Nos cuesta mucho sostener preguntas, soportarlas, convivir con ellas. Somos adictos a las respuestas e inquietos ante las preguntas. Nos han educado mal en este sentido: nos han hecho creer y vivir que la religión o la relación con Dios es sólo una suma de certezas, sin



mezcla de pregunta alguna. Exigimos a Dios respuestas a todo y para todo, y lo más pronto posible, y cuando Dios no nos las da (que es bastantes más veces de las que nos gustaría), tendemos a inventarnos nosotros las respuestas¹⁰. Que suelen ser rápidas, superficiales y falsas..., porque normalmente, cuanto más rápida es la respuesta a una pregunta vital honda, más superficial suele ser dicha respuesta. ¡Cómo nos cuesta convivir con preguntas para las que no encontramos respuesta... y aceptar que vamos a vivir un tiempo, más o menos largo y, a veces, a morir sin haber encontrado la respuesta a muchas de nuestras preguntas! El ignorante, el auténticamente ignorante, es el que cree que hay respuesta para todo.

c. Finalmente, es importante recuperar el más auténtico sentido “teologal” de la esperanza. Esperanza no sólo porque Dios “vendrá”, sino porque Dios “está viniendo ya”. Dios está viniendo en estos tiempos difíciles y oscuros de muchas maneras. Dios está viniendo en muchos gestos, en muchas personas que son samaritanas del dolor de nuestro tiempo calladamente, discretamente... Dios está viniendo ya en la capacidad de alegría y de resistencia y de solidaridad de tantos y tantas pobres que vencen día a día su pobreza con dignidad. Dios está viniendo ya cuando en el encuentro con los pobres somos desposeídos de nosotros mismos y somos contrastados con nuestra verdad y aprendemos el auténtico valor y significado de tantas cosas que confundíamos con sucedáneos: alegría por triunfo, dignidad por posición social, gratitud por buena educación, paciencia por “aguantar el chaparrón”, fortaleza por



- capacidad de golpear, caridad por beneficencia, Dios por posesión...

Recuperar el sentido “teologal” de la esperanza nos permite, además, vivir la esperanza de modo activo. Porque si Dios está viniendo ya –y ese es el fundamento de nuestra esperanza–, de lo que se trata es de buscarlo: de buscarlo activamente en medio de las dificultades y la complejidad de nuestro mundo. Porque estar, está. Eso sí, a su modo. Al modo de Dios que Jesús revela en el evangelio: discreto sencillo, humilde, necesitado de aceptación y reconocimiento.

Son muchos los “nombres” de Dios... No solo respuesta, sino pregunta; no solo quietud, sino acicate; no solo claridad, sino búsqueda; no solo meta, sino camino... La ascética de la auténtica esperanza, la actitud y el esfuerzo que nos pide, la esperanza “activa” es, pues, el “buscar y hallar a Dios en todas las cosas”, y en todos los lugares y en todos los tiempos. También en estos.

5. EN GRATUIDAD

“Tu fe te ha salvado, vete en paz”: esta frase que Jesús utiliza reiteradamente después de muchas de sus acciones y signos sanantes y liberadores, es una perfecta síntesis de la gratuidad que es el signo mayor, la característica más señalada de una acción social hecha al modo del evangelio. Las dos afirmaciones que componen esta frase apuntan dos rasgos básicos de esta gratuidad: con respecto al propio Jesús, la no exigencia de ningún tipo de condición o compensación por su ayuda; con respecto a la persona sanada, la potenciación y puesta de relieve de sus posibilidades más hondas, la afirmación, en suma, de su dignidad.

Es importante que profundicemos también nosotros en las dimensio-



Recuperar el sentido “teologal” de la esperanza nos permite vivir la esperanza de modo activo. Porque si Dios está viniendo ya de lo que se trata es de buscarlo en medio de las dificultades y la complejidad de nuestro mundo. Porque estar, está. Eso sí, a su modo.

nes de esa gratuidad que dignifica y que da a la acción social su auténtica categoría de humanidad.

En un primer sentido, el primero que pensamos al hablar de gratuidad, está el no cobrar, en compensación de nuestra ayuda, de aquel a quien ayudamos. Otra cosa es cobrar de nuestro trabajo de aquellos que nos contratan. Obviamente, y en acción social, no pensamos en cobrar nuestra ayuda en dinero, sino de otras formas menos “materiales”, pero no menos onerosas de gratificación y que tienen que ver, básicamente, con compensaciones de tipo afectivo. Se trata de no cobrar ni cuando las cosas salen bien (en forma de dependencias, fidelidades, adhesiones, silencios...), ni tampoco cuando las cosas salen mal (en este caso en forma de reproches, minusvaloraciones, descalificaciones, rencores o resentimientos...). Gratuidad significa que nuestra acción

no está condicionada por la respuesta que recibimos, sino por la necesidad que detectamos.

Más allá de ese sentido primero de no cobrar ni afectiva ni efectivamente, la gratuidad contiene perfiles de mayor finura. Consiste también en no buscar beneficios ni rendimientos personales de mi acción social en forma de prestigio, de imagen, de méritos que me adjudico; de no tratar nunca a las personas como mi “propiedad”: “mis pobres”, “mi gente”, “mi grupo”, adjudicándome “exclusivas” que nadie me ha dado y que incluso pueden llegar a impedir o boicotear otras acciones distintas –y quién sabe si más beneficiosas– a la mía... Se trata de no cambiar nunca dignidad por ayuda. La meta de una acción social limpia es ayudar sin menoscabar, sino más bien potenciando la dignidad de aquel que recibe ayuda; nada de lo que damos tiene valor, sino que más bien

es perverso y dañino si lo damos a cambio de quitar dignidad.

Gratuidad es también, además de tratar con la mayor dignidad posible, hacer un esfuerzo por subrayar todo lo que de bueno y positivo tienen las personas, por poco aparente que sea, y tratar siempre de partir de ello en nuestra acción. Gratuidad es subrayar posibilidades y abrir horizontes y favorecer en las personas, por indigentes que sean, todo lo que potencia su autonomía progresiva; gratuidad es dar protagonismo efectivo y aminorar al máximo las dependencias.

Gratuidad tiene que ver con libertad: la libertad que nosotros tenemos con respecto a nosotros mismos y la libertad que somos capaces de generar en quien se acerca a nosotros.

6. A MODO DE EPÍLOGO Y CONFESIÓN...

La cercanía a los pobres afecta a nuestra experiencia personal de Dios. La interroga e interpela, la purifica y la sana, la hace "otra", seguramente mucho más "austera" en palabras y formulaciones, menos "fácil" en sus afirmaciones, pero quizá más honda, más auténtica, más radical... Creo que por ahí va el famoso "los pobres nos evangelizan": por medio de ellos nos llega una "buena no-

ticia" de Dios y sobre Dios que nos transforma...

En ese espíritu de agradecimiento a Dios, a tantos/as que en sus carencias me han entregado el tesoro de Dios, y también de testimonio personal (y, por ello, limitado), comparto alguna de esas convicciones "íntimas" sobre Dios en forma de "itinerario", un "itinerario" -por supuesto- inacabado.

En un primer momento, la experiencia más honda es la experiencia de la "necesidad" de Dios, de un Dios que escuche el clamor del pobre, que atienda a su dolor, que haga justicia ante tanta injusticia, que dé la vida (la Vida de verdad y con mayúscula) a tantos y tantas cuya vida ha sido destrozada...

En ese momento resuenan con especial intensidad muchos de los salmos o de los textos de los profetas... La impotencia, la dolorosa impotencia, ante tanto sufrimiento e injusticia, ante tanta criatura maltratada, nos lleva a desear un Dios "omnipotente": un deseo que es legítimo cuando es una forma de ca-

riño por quienes sufren y no un capricho egoísta de niños que nunca tienen bastante... o que nunca están contentos con lo que tienen... Hay un modo "legítimo" de rezar "Omnipotente Dios": el que expresa un deseo de justicia y de vida para quienes no la tienen.

Después, con el tiempo y con paz, se va descubriendo algo del auténtico ser de Dios, revelado en Jesús y desconcertante para nosotros: es el tiempo de la purificación y de la llamada no a la acción, sino al compromiso de vida. He hablado antes del Dios de las preguntas, más que del Dios de las respuestas...; pero, además:

- somos invitados a tomarnos en serio la "encarnación" como modo de presencia de Dios en el mundo... Y la encarnación de Dios en Jesús es encarnación en debilidad y pobreza... Nació pobre y asumió la condición humana como pobre; murió en cruz, muerte de esclavo y fuera de la ciudad... E incluso su resurrección fue una resurrección en "debilidad": el Resucitado no se impone: está necesitado de reconocimiento y aceptación... ¿Dónde buscamos a Dios?... Y vamos comprendiendo (o, mejor dicho, "tragándonos") que la "redención" de Dios se somete a la historia humana y no escapa de ella; →



- • vamos captando aquello que tan bellamente expresó Ety Hillesum: que no es que Dios tenga que ayudarnos a nosotros, sino que nosotros tenemos que “ayudar a Dios”¹¹. Ayudar a Dios a que se apodere de nosotros, a que se encarne en nosotros, y así ayudar a Dios a hacer su obra en el mundo... Es curioso: frente a la prepotencia humana de prescindir de Dios para sentirse alguien, la humildad de Dios de querer necesitar del hombre para llevar adelante su obra... Ese “ayudar a Dios” da pleno sentido a nuestra existencia humana, y es en ese “ayudar a Dios” como experimentamos que Dios nos ayuda a nosotros...
- “No sólo ‘Dios es amor’, sino que no es más que amor”... ¡Qué fácil nos resulta aceptar lo primero y qué difícil nos resulta aceptar lo segundo!... Y aceptar que, como el amor humano, el amor de Dios puede “fracasar”, ser incomprendido, rechazado, ignorado... Antes que nada, por nosotros y en nosotros mismos... Creo que hay un misterio aún mayor que el mismo amor de Dios: el modo cómo Dios ama a cada persona humana...



BIBLIOGRAFÍA

- ALTABA, Vicente:** “Diez claves de espiritualidad en la acción caritativa y social” (pliego): *Vida Nueva* nº 281 (3.8.2012).
- BENEDICTO XVI,** *Caritas in veritate* (29.6.2009).
- BENEDICTO XVI,** *Deus caritas est* (25.12.2005).
- CATALÁ, Toni,** *Salgamos a buscarlo fuera de la ciudad*, PPC, Madrid 2010.
- Comisión Episcopal de Pastoral Social,** “La Iglesia y los pobres” (21.2.1994).
- AA.VV.,** “‘La Iglesia y los pobres’ (1994). Relectura y vigencia del documento hoy”: *Corintios XIII* nº 143 (2012).
- MOLLÁ, Darío,** *Espiritualidad en la acción social*, Mensajero, Bilbao 2011.

La que transmiten los ojos grandes de los niños de África cuando te dejas mirar por ellos...

Hay, con todo, algo que no se “descubre” ni se conoce como tal, pero que se intuye y se acepta con respeto y agradecimiento: que hay algo de Dios, mucho de Dios, que sólo los verdaderamente pobres conocen y a ellos les es comunicado y que yo no voy a percibir nunca, porque les está reservado a ellos... Una vivencia de Dios inaccesible para mí en sus contenidos y en sus formas, pero de la que yo soy enriquecido... cuando con limpieza me acerco a ellos... y que se transmite sin palabras ni fórmulas, sino en la proximidad unas veces sufriende, otras misteriosamente gozosa... Es –por poner sólo un ejemplo– la que transmiten los ojos grandes de los niños de África cuando te dejas mirar por ellos...



NOTAS

1. Así lo recordaba el P. **Elías Royón, S.J.** en su discurso inaugural de la XIX Asamblea General de la CONFER, el 13 de noviembre de 2012: “Nuestra vocación nos llama a ser testigos de la misericordia y el amor a Dios en el mundo. (...) Nuestra solidaridad será siempre una solidaridad evangélica que, como tal, integra una cercanía compasiva hasta sufrir con los que sufren, y el compartir lo que se tiene con los que menos o nada poseen”.

2. Ver, por ejemplo, el artículo de **Vicente Altaba** en *Vida Nueva* citado en la bibliografía final.

3. P.-H. **KOLVENBACH**, “El P.

Arrupe, profeta de la renovación conciliar”. Conferencia pronunciada en Bilbao, 13 de noviembre de 2007.

4. B. GONZÁLEZ BUELTA, “Formar según San Ignacio en la escuela del pobre”: Aa.Vv., *Tradición ignaciana y solidaridad con los pobres*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1984, pp. 148-149.

5. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 38.

6. BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 30.

7. El teólogo **J. Moltmann** lo expresó de modo conciso y general cuando dijo aquello

de que no hay un “para” auténticamente evangélico si no lleva al “con”...

8. Me viene a la memoria aquella ya vieja pero excelente película “Lawrence de Arabia” y lo bien que refleja lo que son las largas travesías de un desierto, sea en grupo o, más aún, si se atraviesa en solitario...

9. Benedicto XVI nos recuerda en su encíclica *Deus caritas est*, 39: “La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de

Él incluso en la oscuridad”.

10. Confieso que, en su sencillez y verdad, me impresionó la pregunta de uno de los niños protagonistas de la película “El árbol de la vida” en una situación de sufrimiento y perplejidad: “¿Por qué me pides que yo sea bueno, si Tú no lo eres?”. Es, a la vez, pregunta y grito orante de los que hablábamos en el apartado anterior. Obviamente ésta es una pregunta sin respuesta inmediata...

11. Ver el cap. 6 del libro de **P. Lebeau, Ety Hillesum. Un itinerario espiritual. Amsterdam 1941 – Auschwitz 1943**, Sal Terrae, Santander 2002.